

CAPÍTULO I

PARA LA MUERTE DE UN HERMANO

En su comunidad

6. La fraternidad se mantenga estrechamente unida al hermano gravemente enfermo. De manera particular, le manifieste su amor cuando esta ya próximo a dormirse en el Señor, asistiéndolo con esmero y recordándolo en la oración comunitaria. Con el fin de fomentar la solicitud fraterna, es conveniente que el Prior informe discretamente a las comunidades de la Provincia sobre el estado del enfermo, para que ellas lo encomienden con mayor insistencia al Señor. En cuanto sea posible, la comunidad participe a la celebración de los sacramentos que confortan al cristiano en la enfermedad y en la muerte.

Entre las varias formas de oración por el enfermo, tiene un valor particular y reviste un profundo sentido eclesial la celebración, posiblemente con la participación del pueblo, de la Misa "*Por los enfermos*" o "*Por los moribundos*".

7. Durante el espacio de tiempo que transcurre entre la muerte del hermano y las exequias, la comunidad no omita reunirse con el pueblo, posiblemente alrededor del difunto, para una vigilia de oración, en la cual, según la conveniencia pastoral, podrá:

a) celebrar una parte de la Liturgia de las Horas por los difuntos, de preferencia el Oficio de Lectura;

b) realizar una conveniente celebración de la Palabra;¹

c) rezar, según la costumbre del lugar, una corona Mariana (Corona de los Dolores o Santo Rosario) ; en tal caso, es conveniente que los varios misterios sean acompañados con la lectura de algunos párrafos de la Sagrada Escritura o de los Santos Padres.

8. El día de la sepultura, la comunidad y, en cuanto sea posible, las comunidades vecinas y el pueblo se reúnan en tomo al hermano difunto para la celebración de la Eucaristía y el Rito de despedida.²

En las demás comunidades

9. En las demás comunidades, recibida la noticia de la muerte de un hermano, se celebrara en sufragio la Eucaristía,³ utilizando uno de los formularios adecuados del Misal Romano o la Misa "*Suscipiat eum Christus*" (Cristo lo reciba), propia de nuestra Orden, convenientemente adaptada.

10. La comunidad, además, no deje de establecer otros encuentros de oración por el hermano difunto, en los cuales podrá:

a) celebrar una parte de la Liturgia de las Horas de los difuntos, especialmente las Laudes y las Vísperas;

b) efectuar una adecuada celebración de la Palabra.⁴

11. La breve esquela biográfica del hermano difuntos será oportunamente leída en los susodichos momentos de oración.

I

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS POR UN HERMANO O UNA HERMANA DIFUNTOS

RITO DE INTRODUCCIÓN

12. Es conveniente iniciar la celebración con un canto, de acuerdo con la costumbre del lugar.

13. En seguida, el que preside se dirige a la asamblea con estas u otras palabras de saludo:

¹ Cfr. infra, Nos. 12-24 y Apéndice Nos. 73-95.

² Cfr. infra, Nos. 25-34.

³ Cfr. Const. O.S.M., Art. 32 c.

⁴ Cfr. Const. O.S.M., Art. 32 a.

La Paz de Cristo resucitado este siempre con ustedes.

Todos:

Y con tu espíritu.

14. Otras formas de saludo.

El que preside:

La bendición de Dios,
Padre de la misericordia y del consuelo,
nos ayude en toda tribulación.

Todos:

Bendito sea Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo.

o bien:

El que preside:

El Espíritu, que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, habite en nosotros.

Todos:

Amén.

15. El que preside introduce la celebración con estas u otras palabras, según la circunstancia:

Hermanos, nos hemos reunido para expresar nuestra comunión fraterna con N., que ha dejado la morada temporal para entrar a la ciudad eterna. Pues sabemos que cuantos mueren en el Señor continúan viviendo en Cristo resucitado.

Sostenidos por esta fe, encomendemos al amor del Padre a nuestro hermano difunto: ahora se encuentra frente a la luz y la misericordia divina; y, más aun, Cristo lo llama a realizar en plenitud su vocación y a recibir los tesoros de gloria, que serán su heredad entre la Virgen y los santos.

16. Luego invita a los hermanos a la oración, diciendo:

Oremos.

Y todos oran silenciosamente por unos instantes. En seguida el mismo prosigue:

Señor, autor de la vida,
a Ti se eleva nuestra oración por tu hijo N.,
hermano de Cristo,
siervo de la Virgen,
nuestro compañero de camino y de servicio,
el cual, abandonando los senderos del tiempo,
ha atravesado hoy los umbrales de la eternidad:

resplandezca para el tu rostro sereno
y llegue a él la voz de tu Hijo,
que alegre lo invita a la ciudad celestial,
donde tú, Padre, eres para los justos recompensa y premio,
donde resplandece la luz perenne de Cristo
y el Espíritu es fuente de amor divino.
Allá, donde coloco su tesoro y dirigió su corazón,
reciba la herencia prometida
y obtenga de la Virgen el premio del siervo fiel;
sea recibido en la comunión de los Ángeles
y se convierta en conciudadano de los Santos,
para proclamar eternamente tu misericordia.
Por Cristo nuestro Señor.

Todos:

Amén.

O bien:

Señor, te encomendamos humildemente a nuestro hermano N.: durante su vida temporal tú lo has protegido con inmenso amor; ahora, por tu bondad, acógelo en el Paraíso, donde no hay dolor, ni queja, ni llanto, sino alegría y paz, junto con tu Hijo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA

17. Sigue la lectura de textos apropiados de la Sagrada Escritura, alternados con salmos responsoriales y con el versículo del "Aleluya" o con momentos de silencio. De acuerdo con la tradición litúrgica romana, los textos bíblicos se ordenan de la siguiente manera: lectura del Antiguo Testamento, salmo responsorial, lectura del Nuevo Testamento, versículo del "Aleluya", Evangelio.

También pueden proclamarse otras lecturas que manifiesten el sentido pascual de la muerte del cristiano, tomadas de los Santos Padres o de otros Autores de probada doctrina. De todos modos la lectura del Evangelio ocupará el lugar principal.

18. Terminadas las lecturas, el que preside pronuncia la homilía, que, por la naturaleza de la celebración, puede desarrollarse en forma de diálogo fraterno. Si no se realiza la homilía, es conveniente que a las lecturas siga un momento de silencio meditativo.

ORACIÓN UNIVERSAL O DE LOS FIELES

19. A la homilía o al momento de silencio sigue la oración universal, que se hará según la forma acostumbrada en la Misa (A) o como se encuentra en la Liturgia de las Horas (B) o en otra forma adecuada.

20. A. Primer Esquema

El que preside invita a la oración, con estas u otras palabras, según la circunstancia:

Confortados en la fe por la Palabra de Dios, elevemos nuestra oración al Señor, Padre de misericordia, para que, cuantos han sido asociados a la muerte de su Hijo

participen también de su resurrección. Supliquemos a una voz:
Ten piedad de tus siervos, Señor.

Lector:

Por nuestro hermano difunto N.,
a quien el Bautismo transformó en hijo de Dios
y en heredero de la vida inmortal:
para que el Señor se digne agregarlo
a la comunidad de los elegidos,
oremos.

Para que habiéndose alimentado
con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, germen de vida eterna,
sea admitido a la participación del banquete celestial,
oremos.

Para que, habiendo consagrado su vida
a la búsqueda de Dios y al servicio de la Virgen,
sea recibido por Cristo glorioso y por su Madre
en el gozo eterno,
oremos.

Por sus parientes y amigos
y por todos sus hermanos,
para que encuentren consuelo en la Palabra del Señor
y en sus promesas,
oremos.

Por todos los Siervos de María que han muerto,
por nuestros parientes y bienhechores
que han salido ya de este mundo;
para que el mismo vínculo de amor
que los unió en la tierra,
los una ahora también en el cielo, oremos.

Por todos los que han muerto
en la esperanza de la resurrección, para que Cristo,
primicia de los que creyendo en él se durmieron,
los despierte en el último día para la gloria eterna,
oremos.

Por nosotros los aquí reunidos
en comunión de fe y de esperanza,
para que, después de nuestro terreno peregrinar,
volvamos a encontrarnos con nuestros hermanos
en la patria celestial,
oremos.

El que preside introduce la oración del Señor con esta so con otras palabras:

Y ahora concluyamos
con la oración que el Maestro nos enseñó,
que es suplica de hijos,
voz de hermanos,
diálogo confiado con el Dios de los que viven:

Todos:

Padre nuestro ...

El que preside continua:

Dios, Padre omnipotente, proclamamos en la fe
la muerte y la resurrección de tu Hijo: concede a nuestro hermano N.,
y a todos los que descansan en Cristo, participar de la plenitud de la vida,
por este misterio de salvación.
Por Cristo nuestro Señor.

Todos:

Amén.

La celebración prosigue en adelante con el Rito de conclusión

21. B. Segundo Esquema

El que preside invita a la oración mediante estas u otras palabras, según la circunstancia:

Supliquemos a Dios Padre, que, por medio de Jesucristo,
el primogénito de entre los muertos, envíe su Espíritu,
fuente de vida, sobre nuestro hermano N. ;
que ha llegado al término de su camino en la tierra.
Digamos, pues, confiadamente:

R. *Acoge, Señor, a tu siervo en la paz.*

Padre santo,
ya que te agrada la oración
que brota de un corazón suplicante,
- haz que nuestro hermano,
que ha vivido en la esperanza de los bienes prometidos
sea librado del vínculo del pecado
y se convierta en conciudadano de los santos. **[R.]**

Padre, autor de la vida,
en nuestra fraternidad tu siervo N. fue dócil a la voz del Maestro
y esperó vigilante su venida,
- concédele una mansión eterna junto a ti

para que se Siente a la mesa celestial
en compañía de tu Hijo. [R.]

Señor, este siervo tuyo,
que ha trabajado en tu vina, soportando el peso del día,
se ha presentado a ti para dar cuenta de sus labores:
- que descansa ahora de sus fatigas
y que sus buenas obras lo acompañen. [R.]

Dios de esperanza y de perdón,
nuestro hermano, siervo de Santa María,
durante su vida pidió a nuestra Señora
que lo asistiera a la hora de su muerte:
- a él, que ha cumplido los días del destierro,
muéstrale a Jesús,
fruto de tu amor y del seno de la Virgen. [R.]

Oh Dios, que has resucitado a Cristo de la muerte
y por medio de él nos has abierto las puertas del Reino de los cielos,
- haz que nos presentemos ante ti
llenos de confianza,
para contemplar tu rostro
y cantar eternamente tu misericordia. [R.]

El que preside invita a rezar la oración del Señor con estas u otras palabras:

Confirmemos ahora nuestra alabanza
y nuestra súplica con la oración del Señor,
en la que se resume el Evangelio
y es la cumbre de toda oración.

Todos:

Padre nuestro ...

El que preside agrega

Señor, por tu palabra creadora, todo hombre viene a la vida
y, por tu amor, deja su condición de siervo y se convierte en hijo:
mira con benevolencia a nuestro hermano N.,
quien, muriendo, se ha asociado a la muerte de Cristo
y, mientras su cuerpo espera la resurrección,
muestra en él el poder de tu redención:
revístelo de gloria,
pues ha encomendado a la tierra sus mortales despojos;
ilumínalo con tu luz inextinguible,
pues ha cerrado los ojos a la luz efímera;
inúndalo con tu gracia,
para que descansa su esperanza en Cristo,
triunfador del pecado y de la muerte.

Acógelo, Padre, en tu eterna morada,
para que allí reciba en premio
el céntuplo prometido por Cristo
y, para que, uniendo su voz a la de la Virgen,
proclame la grandeza de tu misericordia
y la riqueza de tu heredad.
Por Cristo nuestro Señor.

Todos:

Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

22. Si la celebración ha tenido lugar en torno al hermano o a la hermana difunto, el que preside, si lo cree oportuno, rocía el féretro con agua bendita, en silencio o pronunciando estas u otras palabras adecuadas:

Que se realice plenamente en ti
el Bautismo del agua y del Espíritu:
para que, asociado a la muerte de Cristo,
vivas su resurrección.

Todos:

Amén.

23. Luego, el mismo que preside bendice a los presentes con esta fórmula o con otra, adecuada a las circunstancias:

La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo descienda sobre vosotros
y permanezca para siempre.

Todos:

Amén.

Y los despide diciendo:

No nos entristezcamos
como los que no tienen esperanza.
Vayamos en paz.

Todos:

Demos gracias a Dios.

24. La celebración termina oportunamente con el canto del "*Regina caeli*" o de la "*Salve Regina*" o de otro himno en honor de la Virgen, primer fruto de la resurrección de Cristo.

CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA EN LAS EXEQUIAS DE UN HERMANO O DE UNA HERMANA

25. Prepárese sobriamente el féretro del hermano difunto. Donde sea costumbre, se puede conservar el uso de colocar el ataúd de manera que el cuerpo del difunto quede orientado según la posición que solía ocupar en la asamblea litúrgica: los hermanos diáconos y los presbíteros hacia el pueblo, los demás hacia el altar. Salvo costumbre diversa, a la cabeza del féretro colóquese solamente el cirio pascual, símbolo de la fe del difunto en Cristo resucitado y de su condición de "hijo de la resurrección" (cfr. *Lc* 20, 36).

Sobre el féretro se puede depositar el libro de la Sagrada Escritura o el Evangelio, además del escapulario del habito del difunto para indicar su dignidad de discípulo del Señor y su pertenencia a la Orden de los Siervos de María; además, para el hermano diácono o presbítero, la estola, signo de su servicio eclesial.

26. Según las circunstancias, preside la celebración el Prior de la comunidad, el Prior provincial o el Prior general; es conveniente que concelebrén con él los hermanos sacerdotes presentes a las exequias.

27. La celebración de la Misa exequial se desarrolla según las indicaciones del Misal Romano. Para ella se utilice la Misa "*Suscipiat eum Christus*" ("Cristo lo reciba") propia de nuestra Orden, o uno de los formularios del Misal Romano.

III

RITO DE DESPEDIDA

28. Para el rito de despedida ("*Ultima commendatio et valedictio*") sígase el "*Ordo exequiarum*" del Rito Romano o el "*Ordo*" propio de la Iglesia local, o bien, de preferencia, el rito aquí descrito, nn. 29-34, que constituye una adaptación del Rito romano.

29. Pronunciada la oración después de la comunión, los sacerdotes concelebrantes se colocan junto al féretro. El celebrante principal, mirando al pueblo y teniendo a su lado a los ministros que llevan el agua bendita y el incienso, dirige la siguiente monición, adaptándola convenientemente de manera que refleje la personalidad del difunto y su actividad apostólica (hermano sacerdote, hermano misionero, hermana claustral, religiosa educadora ...), u otras palabras adecuadas:

Nuestro hermano N. se ha dormido en la paz de Cristo; por el hemos celebrado la Eucaristía. Ahora nos disponemos a entregar a la tierra sus restos mortales: es deber de humanidad, labor piadosa de hermanos, rito sagrado de la Iglesia.

Nosotros, que hemos compartido con él el compromiso de servicio y de amor, las horas alegres y tristes de la vida fraterna, debemos reafirmar nuestra fe de que el resucitará en el último día. Nos anima a creerlo los misterios de vida en los que participó: el Bautismo, que lo injertó en el misterio pascual de Cristo; la Eucaristía, prenda de resurrección; (la santa Unción, semilla de inmortalidad); la acción constante del Espíritu, del cual fue templo vivo.

Como discípulo de Cristo, compartirá entonces la gloria del Maestro; como siervo de la Virgen, participará de la suerte gloriosa de nuestra Señora; como consagrado por la profesión religiosa, vivirá en plenitud aquella vida de amor que, al abrazar los consejos evangélicos, anticipó sobre la tierra.

Oremos, pues, a Dios Padre, que manifestó su poder en la resurrección de Cristo, para que el cuerpo de nuestro hermano, débil y corruptible, resucite inmortal, glorioso y lleno de fuerza el día del retomo del Señor.

La despedida que ahora realizamos en la fe, el último saludo que dirigimos a los restos mortales de nuestro hermano es garantía de que la comunión de vida que en la tierra hemos tenido con él se renovará plenamente en el cielo, cuando la muerte, sometida a Cristo, será aniquilada y Dios será todo en todos.

Y todos permanecen por unos instantes en oración y en silencio.

30. Se entona luego el canto de despedida; durante el canto o hacia el final, el sacerdote hace la aspersión sobre el féretro y lo incienso:

Acudan, santos de Dios,
salgan a su encuentro, ángeles del Señor.

R. Reciban su alma: ofrézcanla en la presencia, del Altísimo.

Cristo, que te llamó, te reciba;
y el coro de los ángeles te introduzca en el cielo.

R. Reciban su alma: ofrézcanla en la presencia, del Altísimo.

Dale, Señor, el descanso eterno
y brille para el (ella) la luz eterna.

R. Reciban su alma: ofrézcanla en la presencia, del Altísimo.

En lugar del responsorio indicado en el número anterior, pueden cantarse otros responsorios u otros cantos apropiados.

32. En seguida el celebrante dice una de estas oraciones, de acuerdo con la condición del difunto: por un hermano (A), por una claustral (B), por una hermana (C), por un laico (D).

A. Por un hermano:

Dios de esperanza y de liberación,
que en tu Hijo has vencido a la muerte
y en el Espíritu Santo das la vida al mundo,
acoge en las moradas celestiales a nuestro hermano N.,
cuyo cuerpo entregamos a la tierra.

Por un diacono:

Que él, diacono de la Iglesia de N., reciba ahora en la nueva Jerusalén
la recompensa de su servicio,
y que ante tu mirada, oh Dios Santo,
sea encontrado hombre justo,
Heno de Espíritu y de sabiduría.

Por un presbítero:

Tú, Señor, lo consagraste sacerdote de la nueva Alianza,

para que fuera en tu Iglesia ministro de la Palabra
y dispensador de los divinos misterios:
admítelo ahora en el santuario del cielo,
para que una su voz, aun suplicante,
a la voz de Cristo, sacerdote sumo y eterno.

Tú, que eres el Dios de los vivos,
concédele un lugar junto a Abraham, Isaac y Jacob,
cerca de la Virgen Madre y de nuestros Hermanos santos,
allá donde no haya ya muerte, ni luto, ni llanto, ni ansiedad.
Tú, que eres bueno y amigo de los hombres,
míralo con ojos de misericordia
y lava sus culpas con el rocío del perdón.
Tú, que eres el descanso y la luz,
da a tu siervo la tranquilidad y la paz,
la visión de tu rostro, la gloria inmortal.
Y a nosotros, que estamos en espera,
concédenos recorrer los caminos del mundo
siendo atentos con nuestros hermanos
y teniendo la mirada llena de esperanza,
para que, al cruzar las fronteras de la muerte,
nos encontremos contigo.
A ti, Padre, fuente de la vida, en el Espíritu que vivifica,
por Cristo, vencedor de la muerte, todo honor y toda gloria
por los siglos de los siglos.

Todos:
Amén.

O bien:

En tus manos, oh Padre clementísimo,
encomendamos el alma de nuestro hermano N.,
siervo de Santa María,
con la plena esperanza de que resucitara en el último día,
junto con todos los que han muerto en Cristo.
Te damos gracias, Señor,
por todos los beneficios que le has concedido en esta vida,
como signo de tu bondad,
y de la comunión de los santos en Cristo.
Por tu infinita misericordia,
ábrele las puertas del Paraíso;
y a los que todavía peregrinos en este mundo
consuélanos con las palabras de la fe,
hasta el día en que, reunidos todos, en Cristo,
podremos vivir siempre contigo en la alegría eterna.
Por Cristo nuestro Señor.

Todos:
Amén.

B. Por una claustral

Padre de infinita bondad,
recibe en la plena comunión de tu amor a nuestra hermana N.,
cuyo cuerpo entregamos a la madre tierra.
No mires las culpas a las que su vida mortal la expuso;
antes bien recuerda la hora en que la llamaste
al servicio exclusivo de tu gloria
entre las siervas de Santa María.
Ahora ella ha llegado a los umbrales de la luz:
sacia la sed de eternidad
que infundiste en su corazón.
Transforma en dialogo de amor su silencio orante;
en alegre compañía de los Santos su soledad claustral;
en frutos de vida su labor oculta.
Que su canto de alabanza
se confunda con la liturgia cósmica,
y que se abra a la inmensidad
8U mirada reducida a un angosto espacio.
Que, purificada por el fuego del Espíritu,
contemple para siempre el rostro de tu Hijo,
a quien amó con amor de esposa.
A ti, Padre, fuente de toda vida,
en el Espíritu vivificante,
Por Cristo, vencedor de la muerte,
todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén

C. Por una hermana

Padre celestial,
recibe en tu morada de luz a nuestra hermana N.,
cuyo cuerpo entregamos a la oscuridad de la tierra.
Sea gozoso su encuentro con Cristo,
por cuyo amor eligió,
por encima de la carne y de la sangre, una vida de amor.
Resplandezca la luz de su lámpara,
que, virgen prudente, alimentó con la fe viva,
la esperanza vigilante y la caridad activa.
Ante ti, Padre que olvidas las culpas,
brillen sus obras de amor:
la maternal sonrisa que ofreció a los niños;
el alivio que dio a los miembros enfermos;
el compromiso que vivió en favor de la justicia
y de la libertad de los oprimidos;
el vaso de agua que dio en tu nombre;
el bien que, en el secreto que sólo tú conoces, realizó.

Y suba hasta ti, Señor, nuestro himno de alabanza
por los dones que concediste a nuestra hermana,
sierva de Santa María;
en tu Iglesia y en nuestra familia
ella fue piedra viva, cimentada en Cristo;
cincelada por la cruz abriantada por el Espíritu,
se convierta ahora en Joya preciosa
de la última tierra prometida.
Por Cristo nuestro Señor.

Todos:
Amén.

D. Por un laico, amigo de la comunidad

A tu bondad, oh Padre, encomendamos
a tu Hijo N., amigo nuestro,
cuyo cuerpo retorna a la tierra
en espera de resucitar glorioso al fin de los tiempos.
Tú, que superas el corazón del hombre
y que conoces la totalidad de sus sentimientos
y su ansia de luz y de amor,
no mires las culpas que cometió,
antes bien, renueva en él el esplendor pascual del Bautismo
introdúcelo en tu morada de paz,
donde tú, Señor, eres descanso en el trabajo,
respuesta callada a la búsqueda inquieta, refrigerio en el ardor,
alivio al hambre y sed de vida.
Concédele que encuentre de nuevo transfigurados por tu Espíritu,
los afectos que guardó en su corazón,
el trabajo que realizó dentro de tu ley
la justicia que obró en favor de sus hermanos .
Como discípulo de Cristo, que santificó la amistad,
se acercó a nosotros en el camino cotidiano
con afectuosa participación:
que la amistad que lo unió a los Siervos de la Virgen,
se transforme ahora en comunión perenne
allá donde vivir significa amar.
A ti, Padre, Fuente de vida,
en el Espíritu que vivifica,
por Cristo, vencedor de la muerte,
todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

Todos:
Amén.

33. Terminada la oración, se lleva el cuerpo del difunto a la sepultura; durante el traslado se canta una de las siguientes antífonas:

Al paraíso te lleven los ángeles,

a tu llegada te reciban los mártires,
y te introduzcan en la ciudad santa de Jerusalén.

O bien:

El coro de los ángeles te reciba,
y junto con Lázaro, pobre en esta vida,
tengas descanso eterno.

O bien:

Yo soy la resurrección y la vida:
el que cree en mí, aunque muera, vivirá;
y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás.

34. Terminado el canto de la antífona, se forma el cortejo fúnebre para acompañar el cuerpo del hermano difunto a la puerta de la Iglesia: en primer lugar el que porta la cruz, seguido por los fieles y los hermanos y, si se cree conveniente, los celebrantes. Durante el recorrido se canta la antífona "Salve Regina", que suele concluir las celebraciones de la Orden y que es en sí misma una súplica por los difuntos: "Y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre".